

Con el *Armario de luces y sombras* que fue adivinando la luz tras distintos momentos de fecundidad creativa, llegué a recordar aspectos de mi trayectoria vital que mi memoria había borrado. Con él se ha abierto una ventana al alma del ahora y del ayer para presentar hechos y recuerdos que he materializado a través del gesto en la re-creación de este objeto cotidiano. Una serie de coincidencias en el tiempo, mi encuentro con un armario arrojado a la basura en una calle de Santa Cruz hace dos años y la lectura de la novela de Antonio Gamoneda *Un armario lleno de sombras* fueron determinantes para el alumbramiento. A medida que me sumergía en sus páginas descubría muchas similitudes y vivencias que, aunque distantes en el tiempo y el lugar, las sentía muy cercanas. La lectura de su libro fue compañera fiel en todo el proceso creativo de esta obra.

En el hecho creativo hay que partir siempre de uno mismo para llegar al otro, a los demás. Como podrá imaginar el lector, *Armario de luces y sombras* es una obra autobiográfica en la misma medida en que para Gamoneda su obra es un relato autodiegético basado en la recuperación del pasado para explicar las circunstancias del presente. He re-creado aquel objeto, hoy desaparecido, que sirvió desde mi más temprana infancia para guardar celosamente las herramientas del hacer, las pinturas y pinceles, los libros cuya lectura fueron determinantes en mi adolescencia, los panfletos subversivos, los minúsculos objetos recogidos en cajas de madera y metal, los pequeños huesos humanos y de animales, las conchas, piedras y otros restos vegetales con formas caprichosas creadas por la naturaleza y recogidos en las playas y montes del territorio insular. Todo un cúmulo de objetos se entremezclaban con aforismos, máximas y otras frases sueltas que eran transcritas en las puertas del armario, surgidas en mi cabeza tras lecturas diversas y vivencias que produjeron gran efecto en mi conciencia: encuentro con la muerte, sus despojos observados en exhumaciones de familiares, sueños, extrañas circunstancias, visitas a bibliotecas, museos... un túmulo de vivencias y recuerdos reunidos en el habitáculo, el altar cuidado, visitado y venerado a diario, el amigo fiel con el que dialogar.

En el *Armario de luces y sombras*, esos objetos, fabricados unos, reinterpretados otros, no suponen otra cosa que derivaciones del transcurrir del pensamiento, exégesis de conceptos propios de la tratadística antigua sobre el arte, de formas percibidas de nuestra propia naturaleza insular (penca-balaustre, penca fálica...), siniestros instrumentos de medición y cálculo, estructuras craneales y geométricas, fragmentos de maniqués. Todo un repertorio de elementos dispuestos cuidadosamente a modo de moderna *vanitas* en un espacio que deja ver, como viene siendo habitual en mi trayectoria, un contenido cargado de ironía y melancolía que no es más que pura arqueología de la memoria. Lo que anuncia el armario en su interior es lo que está representado: una afirmación de lo existente, del mundo físico y psíquico porque “lo que parece una creación no es sino el acto de dar forma a lo que se ha recibido” (John Berger). Soy consciente de que lo mostrado aquí, tras las puertas, puede llevar al lector-espectador, a visiones incompletas y parciales de los objetos vívidos, pero hay en este habitáculo algo concluyente: los objetos son los únicos posibles. Aquel niño deslumbrado, en ocasiones ausente, inmerso en sus propios pensamientos, me dejó claro para siempre que el lenguaje de los objetos se posee, se interioriza como los propios avatares de la vida. Hoy las apariencias son volátiles y, por ello, necesitamos de los objetos físicos, de los cuerpos sólidos contra las máscaras vacías, aunque no deben multiplicarse más

allá de la necesidad, como bien aconsejó Guillermo de Occan (*Entia non sunt multiplicanda praeter necessitatem*).

Para acercar al espectador al interior del armario, quien deberá abrirlo con el gesto del alquimista, encontré, en José Bento las palabras que mi imaginación no alcanzaba a desvelar. La frase que figura en el exterior del armario procede de su poema *Si Quieres saber de mí*. Acaba éste poema con unos hermosos versos que podría hacer suyos todo artista

"[...] Por más esquivo, más distante que yo esté,
siempre ahí me encontrará quien me busque"¹

En momentos de plenitud, de lecturas diversas y fecunda actividad creativa, sólo me invade la idea de que dedicarme a la escultura y a su enseñanza, si es que semejante acto se puede enseñar, no supone otra cosa que narrar mi propia existencia, con sus luces y sus sombras. La escultura es, sin duda, el lugar íntimo y reservado donde he sido y soy capaz de tocar el pensamiento. Debe ser algo parecido a lo que siente el poeta cuando se dispone a escribir, cuando se enfrenta a la página en blanco y llega incluso a pensar que el "poema aún no escrito" es ya un poema (Jorge E. Eielson). El armario y su contenido, que comienza a propagarse y a trascender, ha servido para reunir voces muy diversas, voces que he recogido bajo el rótulo de *advertise here* ("anúnciese aquí"). Sus palabras, como si de un dibujo se tratara, han sido transcritas a la obra, forman parte de su discurso expresivo y compositivo pues ¿No es el gesto del dibujo transfigurado en escritura un auténtico acto de fe?

He pensado, construido y habitado ese espacio. Ese habitáculo es, aún hoy, un espacio de meditación, en íntimo contacto con mi existencia, como lo fue antes. Una teoría de lo visible parece ser necesaria para disponer y ordenar en la caverna, del mejor modo posible, las formas en su apariencia, su armonía, su justa y meditada medida, su orden y su desorden. Se requiere pues un ensayo continuo, un colocar de fuera a dentro, de dentro a fuera; un continuo movimiento. "La vida -diría Augusto Monterroso y yo lo hago extensivo al arte- no es un ensayo, aunque tratemos muchas cosas; no es un cuento, aunque inventemos muchas cosas; no es un poema, aunque soñemos muchas cosas. El ensayo del cuento del poema de la vida es un movimiento perpetuo; eso es, un movimiento perpetuo"².

La necesidad expresiva de la imagen unida a la necesidad de reflexionar sobre los propios actos creativos y sus productos requiere, de los demás, su propia interpretación, tal vez un juicio de valor, un pensamiento, eso que Rodríguez de la Flor ha denominado "el esfuerzo de exégesis plural que la imagen demanda infinitamente"³.

¹ En el exterior del armario, he cambiado el adverbio “ahí” del verso original por el adverbio “aquí”. Poema completo en BENTO, José: *Algunas Sílabas [Antología]*, trad. de José Luis Puerto, coed. Calambur-Editora Regional de Extremadura, Madrid, 2009, págs. 41-43.

² MONTEROSO, Augusto: *Movimiento perpetuo*, Bibliotex, Barcelona, 2001, pág. 11.

³ Cit. por HERNÁNDEZ, Isidro: “Escenografías de la desnudez” en Román Hernández, *Poética de la razón [Poética da razão]*, Cajacanarias, El Rosario, 2004, pág. 27.